

ARQUEOLOGÍA DE LA REGIÓN OCCIDENTAL DE VENEZUELA ¹⁾

El estudio de la etnografía y de la arqueología de Venezuela, particularmente la que corresponde a su región occidental, plantea una serie de problemas muy importantes para la historia del poblamiento humano de América del sur.

Esta vasta región atravesada diagonalmente por la cadena más occidental de los Andes, la Cordillera de Mérida y sus prolongaciones litorales, posee al lado de regiones secas casi desérticas, llanuras y valles fértiles, de fácil acceso, que ofrecen las condiciones más favorables para el establecimiento de poblaciones primitivas. Estas ventajosas condiciones topográficas unidas a su situación entre las regiones colombianas y andinas del oeste, explican que estos territorios hayan ejercido en los tiempos precolombianos una atracción continua sobre los pueblos vecinos de las regiones boscosas y de las regiones de la montaña. Las invasiones de elementos étnicos más diversos se sucedieron provocando una extrema disgregación de las primitivas poblaciones indígenas. Una de las primeras expediciones europeas realizadas en estos lugares, la de Federmann en 1530, se detuvo durante seis semanas en cuatro pueblos diferentes, que no se comprendían entre ellos, lo que obligó a los expedicionarios, en algunos casos, a recurrir al empleo de hasta cinco intérpretes sucesivos para hacerse comprender por sus huéspedes.

Conocemos bastante bien la distribución de las principales tribus indígenas de Venezuela a la llegada de los españoles. Las relaciones de los primeros exploradores, Alfinger, Federmann y sobre todo las crónicas de Oviedo y Valdez y hasta la

1) Traducido del francés por el profesor Carlos F. Barraza; con autorización del autor.

interminable epopeya en versos de Castellanos, nos dan a este respecto noticias de gran valor corroboradas por numerosos documentos posteriores.

Pero esta distribución corresponde sólo al momento del descubrimiento, en que las tribus súbitamente se inmovilizaron ante el peligro de la invasión europea. Lejos está ella de concordar con las investigaciones de la arqueología: En un punto dado, habitado en aquella época por grupos caribes, se obtendrá, por ejemplo, un material típicamente aruak o con caracteres andinos.

Esto da al estudio de la arqueología venezolana un renovado interés, que fuera de su importancia intrínseca nos permite conocer en parte las traslaciones de las tribus aruak y caribes, ellas mismas en relación con la mayoría de las grandes corrientes migratorias precolombianas de la América del sur.

La arqueología de Venezuela es aún bastante poco conocida. Fué principalmente estudiada en la región andina por autores de la provincia de Mérida, tales como Tulio Febres Cordero, Julio Salas, Amílcar Fonseca, Ignacio Lares, Briçño Valero y otros aún cuyos trabajos a veces notables son sólo conocidos por algunos especialistas; y muchas veces hasta imposibles de conseguir. Fuera de la región andina se debe principalmente citar los estudios de Marcano, de Arcaya y los siempre tan valiosos de Oramas.

Dos contribuciones recientes, importantes desde diferentes puntos de vista, han llamado nuevamente la atención de los centros científicos sobre estas regiones. En primer lugar, el excelente trabajo de Alfredo Jahn sobre los indígenas del oeste de Venezuela; luego las búsquedas, si bien incompletas, de Requena alrededor del lago de Maracay.

I

CONDICIONES GEOGRÁFICAS Y POBLACIONES PRECOLOMBIANAS

Actualmente, en el oeste de Venezuela, en la ribera occidental del lago Maracaybo, sólo existen dos grupos indígenas: los *Guajiros* y los *Paraujanos*, de origen aruak, en la península que lleva sus nombres, pueblos pastores y pescadores; y las tribus *Motilones* no sometidas, de origen caribe, en la región montañosa y de los bosques en la frontera colombiana.

Por lo demás, en todas partes las poblaciones indígenas casi han desaparecido. Profundamente españolizadas y mestizadas, tanto en la Cordillera como en las regiones bajas, han perdido, con sus caracteres físicos, sus lenguas y sus costumbres. Apenas si en escasas aldeas en las regiones cálidas y secas o en los páramos de acceso difícil de la Cordillera, se encuentran algunos tipos físicos bastante puros. En estas alejadas regiones, algunos ancianos conservaban aún nociones del lenguaje de sus antepasados; en el curso de estos últimos años parece que todos han desaparecido.

La última hora para el estudio de la etnografía de estas regiones acaba de sonar: la arqueología y la exhumación de los antiguos documentos son ahora las únicas fuentes a nuestra disposición.

Algunas palabras sobre la geografía y el aspecto de estas regiones serán necesarias para comprender el medio en el cual han evolucionado estas antiguas poblaciones.

Los Andes venezolanos, formados por la Cordillera de Mérida y su prolongación la Cordillera de la costa, constituyen un sistema que diverge de los Andes colombianos partiendo del nudo orográfico de Pamplona y extendiéndose en sentido circular desde la frontera de Venezuela hasta el cabo Codera, sobre el mar Caribe.

El eje principal de estos plegamientos está jalonado por una serie de macizos graníticos que emergen en medio de

terrenos quebrados, y la región periférica de la Cordillera está bordeada aproximadamente hasta la cota de 600 metros, por capas sedimentarias pertenecientes al terciario superior. En partes, aparecen trozos de cretáceo y algunos vaciados de rocas eruptivas.

La Cordillera de Mérida, formada por tres macizos principales posee altitudes de 4 a 5.000 metros. Su relieve es abrupto: numerosos cursos de agua, torrenciales, se dirigen, sea al norte, hacia el lago de Maracaybo, sea hacia el sur para dar nacimiento al río Apure, uno de los principales afluentes del Orinoco, tallando sobre sus flancos profundos valles, formando hondos cañones y caídas muy rápidas. Permiten así, descender en pocas horas desde las regiones frías de los altos páramos andinos hasta regiones tropicales inferiores a los 1.000 metros. Pero para pasar de un valle a otro, habría que trasponer plegamientos de aproximadamente 4.000 metros. Esta separación ha ejercido una influencia profunda sobre la evolución de los pueblos andinos de Venezuela. Sólo tres grandes valles, los de Chama (sur), de Motatan (norte) y de Bocono (este), encerrados entre los principales macizos de la Cordillera de Mérida ofrecen un acceso fácil hacia las regiones altas de los Andes. Muy fértiles y habitados por numerosas poblaciones, permitieron en épocas precolombianas el establecimiento de intercambios comerciales entre las regiones céntricas de la Cordillera y las llanuras vecinas; pero ellos debieron también servir de vía para las invasiones, entre otras, las de algunos grupos aruak y después a los conquistadores españoles.

La Cordillera de la costa, prolongación de la Cordillera de Mérida, es mucho menos elevada. Origina todo a lo largo del litoral una serie de repliegues que contornean valles fértiles y bien regados, con un clima templado pero generalmente muy encerrados, tales como los valles de Aragua, de El Tuy o de Caracas, pero ella aísla la costa del interior del país.

Al sur de los Andes venezolanos se extienden los llanos, vastas sabanas surcadas por numerosos cursos de agua que descienden de la Cordillera hacia el Orinoco, salpicadas por isletas de bosques y sometidas alternativamente a períodos de sequía absoluta y a inundaciones, recordando así las condiciones del Chaco.

Al norte, la Cordillera de Mérida está separada del Mar

Caribe por una región accidentada; de una menor altitud, formada por terrenos pertenecientes al terciario superior, socavados por la erosión, cortada por gargantas o quebradas de paredes abruptas y que permanecen secas la mayor parte del año; después de las grandes lluvias, las quebradas hacen bullir por algunas horas aguas salvajes que llevan todo por delante en su camino, y se vacían casi tan ligero como se llenaron.

La vegetación xerófila está principalmente compuesta por densos grupos de cactáceas y montes de arbustos espinosos. Es la zona más pobre de Venezuela, comunicando con los llanos por un paso en la región de Barquisimeto, donde las vetas quebradas desaparecen localmente, separando la Cordillera de Mérida de la Cordillera de la costa.

Las condiciones de *habitat* que ofrece toda la región occidental de Venezuela son por lo tanto las más variadas: la Cordillera con sus diversas zonas de vegetación, los llanos sujetos a inundaciones periódicas y la región calcárea y seca del noroeste. A los habitantes de cada una les ha correspondido un particular tipo de cultura.

En el siglo XV, en el momento de la llegada de los españoles, cuatro grandes grupos indígenas vivían en el oeste venezolano.

En los primeros tiempos, en los Andes de Mérida existieron un sinnúmero de pequeñas tribus distribuídas en todos los valles y que vivían principalmente de una agricultura primitiva. A pesar de la diversidad de sus dialectos, ellas estaban ligadas por un origen común, muy antiguo, al que aun no ha sido posible vincular en un origen común ni establecer con certeza su filiación lingüística y para las cuales se ha creado un grupo étnico especial llamado grupo Timote-Kuika.

Los llanos eran habitados por algunas tribus aruaks emparentadas con las del Amazonas, de las Guayanas y del oeste de Colombia, para las que desempeñaban la calidad de avanzadas. Por el paso de Barquisimeto se habían extendido a todo lo largo del litoral del mar Caribe, arrollando y aislando las poblaciones más antiguas establecidas en las regiones bajas en derredor de la Cordillera.

Los Aruaks se instalaron en las partes más fértiles y principalmente en las mejor irrigadas, y los antiguos ocupantes se retiraron a las regiones secas y pobres donde algunos de sus descendientes aún pueden encontrarse, aunque muy mestizados. Sus principales grupos los forman los Ayomanes, los Cuica y sobre todo los Jirajara, tribus pobres y belicosas, siempre en guerra las unas contra las otras y de las que los viejos cronistas nos han dejado frecuentes relatos. Los muy breves vocabularios que de ellos han llegado hasta nosotros nos revelan muy estrechas vinculaciones con el grupo lingüístico *betoy* del que los Chibchas de Colombia son los representantes mejor conocidos.

Los Caribes, más recientemente llegados a esas regiones, se encontraban en plena expansión territorial al producirse el descubrimiento de América. Acababan a su vez de expulsar a los Aruaks de casi toda la ribera del lago Maracaybo, salvo de la península de la Guajira y de una parte del litoral atlántico donde ofrecieron una obstinada resistencia a los españoles, no trepidando en presentarles batallas en formaciones militares. 70 años más tarde, en 1568, el jefe de las tribus caribes de la actual región de Caracas, Guaica-iparo, atacaba en batalla con frente de línea, con un ejército de 10.000 hombres, a los españoles que bajo el mando de Diego de Lozada intentaban por tercera vez penetrar en ese valle. Guaica-iparo fué deshecho después de rudo combate, poniéndose así fin a la última gran coalición caribe.

El largo proceso de guerras y de invasiones ocurridas en épocas precolombianas produjeron una constante fluctuación de las tribus indígenas, lo que explica las numerosas discordancias que existen entre la distribución de los pueblos según los primeros cronistas españoles y los datos de la arqueología de que nos vamos a ocupar.

Los caribes, últimos en llegar, no tuvieron tiempo de materializar su ocupación por la formación de yacimientos arqueológicos importantes. Por el contrario, los otros pueblos han dejado en la Cordillera de Mérida, en los llanos y en la Cordillera de la costa, en las regiones áridas del noroeste y en las regiones pre-andinas, múltiples rastros de su habitación y de su industria.

II

LOS ANDES DE MÉRIDA

La región andina de Venezuela debe ocupar un lugar importante en la etnografía suramericana. Los altos valles de difícil acceso, las soledades elevadas y rudas de los páramos han servido de refugio durante mucho tiempo a pueblos primitivos, muy distintos de los que vivían en las regiones bajas circunvecinas en la época de la conquista española. Estos pobladores pudieron escapar en parte al remolino de pueblos provocado por los movimientos de expansión de las tribus aruaks y de las tribus caribes.

El origen de estas poblaciones andinas y las relaciones de afinidad entre ellas son otros tantos problemas que han quedado hasta el presente sin solución. No existen en la actualidad grupos indígenas puros en esas montañas, únicamente habitadas por poblaciones mestizas profundamente españolizadas y que han perdido su lenguaje y sus tradiciones.

Los museos europeos y americanos son muy pobres en piezas de los Andes venezolanos. Es una de las regiones menos estudiadas desde el punto de vista etnográfico y arqueológico. Tan es así que al enviarme en 1936 a Venezuela mi excelente maestro el Doctor Rivet, podía decirme: “No tenemos nada de los Andes de Mérida; todo lo que usted haga será útil”.

La supresión oficial en 1885 de las propiedades de las comunidades indígenas ha precipitado la desaparición de los indios de los Andes venezolanos; hace 40 años, la lengua Timote era aún hablada en el mercado de Mérida; los últimos individuos que la entendían ya han desaparecido hace una decena de años. Sólo he podido encontrar a uno, un anciano, que se acordase de algunas palabras de las que había olvidado el significado. Quizás en los páramos muy aislados podría aún conseguirse encontrar alguna persona que conserve nociones de la lengua de sus antepasados, aunque esto no es muy seguro pues mis esfuerzos en este sentido realizados en los páramos que rodean Boconó y Nikitao, en el antiguo territorio de los Tostos, fueron infructuosos.

La última hora para el estudio de la etnografía de estas montañas, esa última hora a la que se refieren tan a menudo los etnólogos, parece ya haber pasado. Solamente la arqueología junto con el examen de algunos cortos vocabularios, permitirá quizás algún día clasificar estas poblaciones desaparecidas.

Antes de abordar el estudio de los yacimientos y de los caracteres de la arqueología de los Andes Venezolanos, son necesarias algunas palabras sobre la geografía y el aspecto de estas regiones. El conocimiento del medio ambiente es indispensable para comprender la evolución de una raza.

Geológicamente los Andes venezolanos están constituídos por tres macizos graníticos que han levantado y dislocado terrenos quebrados formados por gneis y esquistos de mica donde abundan las anfíboles, las serpentinas, las sericitas, las esteatitas y los granates, minerales muy importantes para la arqueología de estas regiones. En algunas partes existen trozos de terrenos cretáceos. En los lugares periféricos de la Cordillera, alrededor de la cota de los 1.000 metros, aparecen calcáreos pertenecientes al terciario superior. El fondo de los valles está ocupado por espesos depósitos aluvionales donde los ríos socavan verdaderos cañones.

Los macizos graníticos forman tres nudos orográficamente principales: el macizo de Bailadores al sur; al centro el macizo de Mucuchies cuyas formaciones meridionales son conocidas bajo el nombre de Sierra Nevada de Mérida, posee los picos más altos de Venezuela dominados por la Columna del pico Bolívar que alcanza los 5.005 metros; al norte el macizo de Trujillo con elevaciones de más de 4.000 metros como la Teta de Nikitao.

El macizo de Mucuchies, el más importante, está constituído por dos sierras paralelas reunidas en su parte media dividiendo así dos valles profundos: el valle de Motatan al noreste y el valle de Chama al suroeste que permite alcanzar el corazón mismo de la Cordillera. Ambas, después de haber tenido una gran importancia en el poblamiento precolombiano de estas regiones, sirvieron más tarde de vías de penetración para los españoles.

Fuera de estos grandes valles longitudinales, numerosos ríos han excavado valles laterales que descienden al norte hacia el lago de Maracaybo y al sur hacia los llanos venezolanos donde dan nacimiento al río Apure.

Los Andes venezolanos son abruptos. Son montañas jóvenes. Los valles profundos y estrechos están separados entre ellos por altas formaciones con laderas a pique que hacen muy difícil la comunicación de uno con otro. No es raro verse obligado a franquear crestas de 4.000 metros para pasar de un valle templado o tropical al valle vecino. Este enclaustramiento tiene suma influencia sobre la evolución de las poblaciones andinas; el aislamiento en que han vivido algunas de ellas explica las particularidades de la cultura material observada en diversos valles así como la formación de numerosos dialectos locales.

Las zonas de vegetación están perfectamente señaladas. Hasta alrededor de los 800 metros los valles tienen un clima tropical, las plantaciones de cacao son numerosas. De 800 a 1.800 metros el clima es templado y las regiones son boscosas, es la zona favorable para el célebre café venezolano. De los 1.800 a 2.200 metros se extiende la región de las nieblas, del bosque húmedo de los árboles cubiertos de musgos y líquenes colgantes, ya entremezclados de largos y delgados bambúlianas del género *Chusquea*. Sobre los 2.200 metros los árboles ralean, se vuelven enanos y desaparecen por los 2.600. La vegetación tiene el aspecto típico de la de las altas montañas: plantas recubiertas de largos vellos; gramináceas esparcidas en rosetas o anillos; delgados matorrales de plantas resinosas o componentes del género *Baccharis* que recuerdan la *tholla* de la puna boliviana. Pasando los 3.000 metros la vegetación está formada por compuestos de grandes hojas de aspecto lanoso, los *frailejones*, los *Espeletrias* de los naturalistas, característicos de los páramos de Venezuela.

Comparados con los Andes bolivianos, los Andes de Mérida, aun cuando más cercanos del Ecuador, son notablemente más fríos: cuestión de humedad, de evaporación, de vientos predominantes, sujetos a numerosas variaciones locales. Existe según los puntos una diferencia de 300 a 600 metros entre los niveles de vegetación de los Andes venezolanos y la vertiente oriental de la Cordillera de Bolivia.

Los Andes de Mérida ofrecen al hombre tres tipos de *habitat*: las tierras calientes de los valles tropicales boscosos, las tierras templadas de la parte media de los valles, los páramos o tierras frías.

Las ciudades y las aglomeraciones más importantes de la actualidad están casi todas concentradas en la región templada: Mérida, Trujillo, Boconó, Guarico, Tovar, Bailadores, cada vez más se transforman en centros de población europea. Un cierto número de aldeas originariamente indígenas, sean antiguas misiones, sean antiguas tierras de la comunidad aborigen, se encuentran situadas entre los 2.000 y 3.000 metros, y hasta aun a veces más alto como San Rafael de Mucuchies o Los Nevados. Son pocos los grupos de habitantes que viven en los altos y aislados páramos, de acceso generalmente difícil. Las faldas de la montaña, demasiado abruptas, no ofrecen sino condiciones precarias de habitación. Los valles tropicales, casi siempre palúdicos, son regiones de explotación, no de poblamiento. Las pendientes del terreno son tan precipitadas, que no es raro encontrar que propiedades de una extensión modesta reúnan todos los climas y todos los cultivos, desde las tierras calientes, con plantaciones de cacao, hasta las tierras frías con plantaciones de patatas y cereales.

A la llegada de los españoles, numerosas poblaciones indígenas se encontraban en el valle de Mérida. Hablaban dialectos de origen común e influenciados por la vecindad, pero que habían adquirido profundas diferenciaciones locales. Estas poblaciones estaban formadas por gran número de pequeñas tribus establecidas en los diversos valles andinos, de los que la mayoría llevan aún sus nombres. A la manera del Dr. Rivet, los etnógrafos modernos han reunido todas estas tribus en dos grandes divisiones estrechamente emparentadas entre ellas desde el punto de vista lingüístico: los *Timote* al sur y los *Kuika* al norte. De una manera general podemos decir que los primeros habitaban la parte montañosa del actual Estado de Mérida y los segundos el Estado de Trujillo.

Estos grupos se mantenían en contacto con otros grupos étnicos localizados alrededor de la Cordillera: al norte y al este las tribus aruaks, de las que la más importante, la de los *Caketio*, vivía al borde de los llanos; al sur se extendían los grupos *Betoy*, emparentados con los chibcha de Colombia; al

oeste se encontraban nuevamente algunos grupos aruak en medio de poblaciones caribes en plena expansión territorial en la época de la conquista española, aun cuando instalados desde poco tiempo antes sobre las riberas del lago Maracaybo; la influencia caribe ha sido nula sobre los pueblos de los Andes de Mérida.

Los valles que penetran hasta el corazón de la Cordillera, y sobre todo el largo valle de Chama, han facilitado el intercambio comercial y las invasiones en épocas precolombianas. Elementos aruak se infiltraron a lo largo del valle del Chama hasta la región de Lagunillas y de La Gonzales; es el grupo *Kinaroos* del que se hallan las esculturas y diversas otras señales de actividad; algunos de sus descendientes mestizados y españolizados viven en los alrededores de Lagunillas.

Estos largos valles debían asimismo servir de vías para la invasión de los españoles. A mediados del siglo XVI diversas expediciones emprendieron la exploración de estas montañas por el norte y por el sur en la esperanza de encontrar oro. Saliendo de Tocuyo, en 1556, D. Diego de Paredes escaló el valle de Motatán y fundó la ciudad de Trujillo en medio de las tierras de los *Escuke*; con motivo de la hostilidad de los indígenas y de epidemias, esta ciudad cambió dos veces de asiento antes de establecerse definitivamente donde se encuentra en la actualidad.

Dos años más tarde, en 1558, una expedición de 100 soldados mandada por el capitán D. Juan Rodríguez Suárez, Alcalde de Pamplona, después de haber seguido el valle de Cucuta y de atravesar diversas sierras alcanzó el Chama donde fundó Mérida, cerca de la actual ciudad de Estanque y que poco después fué trasladada al lugar en que hoy se encuentra.

No tardaron en surgir rivalidades entre los gobiernos de Venezuela de donde dependía Trujillo, y el de Nueva Granada al que Mérida pertenecía. Después de numerosas vicisitudes, estas dos provincias andinas fueron reunidas en 1777 a la capitanía general de Venezuela.

Todos estos detalles son necesarios para conocer el medio y las influencias que se ejercieron sobre los habitantes primitivos de los Andes venezolanos.

Las poblaciones indígenas de los Andes de Venezuela nunca alcanzaron un grado de cultura material comparable con el de los habitantes de los Andes de Perú o de Bolivia. No han levantado monumentos ni dejado el más mínimo resto de arquitectura. Eran tribus de agricultores que cultivaban maíz, guisantes, patas, y según parece, también coca, así como cacao y algodón en los valles calientes. Habitaban, según el decir de los cronistas españoles, chozas redondeadas con paredes de barro amasado sobre una base de gruesos cantos rodados, sin cemento; recubríanlas con un alto techo cónico de juncos. Estas habitaciones se diferenciaban poco de las actuales de esa región; sólo la forma ha cambiado algo, las chozas redondeadas han cedido lugar a las rectangulares.

Estos pueblos desaparecidos casi sólo han dejado tumbas, numerosas sepulturas que se encuentran diseminadas en los páramos, en lugares de difícil acceso; muchos de ellos han podido también servir de santuarios naturales. Pero un poco por todas partes en los valles, en el aluvión de los ríos, las gentes encuentran objetos diversos, particularmente de piedra, que atestiguan la gran densidad de las poblaciones antiguas.

A estas fuentes que podemos llamar directas, debemos agregar otros elementos de información sacados de las costumbres de las poblaciones andinas actuales: son algunas reminiscencias en ciertas fiestas tradicionales, algunas costumbres antiguas y sobre todo las pequeñas industrias locales: la canastería, la cerámica, la cordelería, la preparación del *chorote* o chocolate indígena, la fabricación del *chimú*, pasta de tabaco para mascar, nos han conservado un cierto número de técnicas primitivas aproximadamente en el estado en que las encontraron los primeros españoles.

Sin ser muy variada la arqueología de los Andes venezolanos es en cambio muy característica. El estudio de las piezas conservadas en diversos museos y de las que yo mismo he podido reunir, unido al examen de escasos documentos lingüísticos y de los textos de los cronistas, permiten restablecer en grandes líneas la distribución territorial de las tribus



Fig. 1. — Placa de serpentina, 302 × 103 mm., proc. Niquitao, col. Musée de l'Homme.



Fig. 2. — Páramo de La Laguna, de la región de Niquitao (Cordillera de Mérida).

a) Figura de piedra: estatuilla; 40 mm. alto. b) Figura de arcilla con restos de dibujos en rojo; 70 mm. alto; col. Musée de l'Homme.

indígenas desaparecidas y caracterizar la cultura material de varias de ellas.

En toda la Cordillera de Mérida los antiguos habitantes habían elegido como lugar para hacer sus sepulturas colectivas, las grutas, los abrigos bajo rocas o simples anfractuosidades de las mismas, generalmente situadas en las cimas de los montes. Los cuerpos atados con cordeles, en posición fetal, como en la región andina del Perú y de Bolivia, eran depositados sobre el suelo, disimulados entre las piedras o más generalmente recubiertos por una delgada capa de tierra. La humedad de estos lugares, cubiertos por perpetuas nieblas, no ha permitido la conservación de estos cuerpos más que en raras excepciones; las osamentas se hallan casi siempre dispersas y fragmentadas sin vestigios de cuerdas ni de tejidos que las hayan envuelto; en la región central de la Cordillera los cráneos no presentan deformaciones, contrastando con las numerosas deformaciones observadas en las regiones bajas vecinas; pertenecen al límite inferior de la braquicefalia.

Al lado de los cuerpos se encontraban objetos usuales, adornos corporales como collares y colgantes, variadas piezas de cerámica y numerosas series de pequeñas copas de barro montadas sobre tres pies y estatuillas antropomorfas que presentan una estilización característica, las unas en terracota, las otras en piedra. Estos lugares de sepulturas colectivas ofrecen también una gran cantidad de láminas de piedra, muy delgadas, que tienen la forma de un triángulo invertido munito de dos alas laterales.

Nunca se encuentran sepulturas en urnas en la región de los *Timote-Kuika*. Las urnas funerarias eran usadas particularmente por las tribus aruaks vecinas de la Cordillera; su descubrimiento en algunos lugares de la montaña indica una penetración aruak local: es el caso de la región de Lagunillas de la quebrada de La Gonzales donde había fijado su residencia una tribu de este grupo, los *Kinaroes*.

En los alrededores bajos de la Cordillera, como en Torondoy o en Betijoque, en el límite del territorio de los *Timote-Kuika*, ambos tipos de sepultura pueden encontrarse lado a lado, testificando el progresivo avance de las tribus del llano.

Las poblaciones de la región andina de Venezuela no han conocido el trabajo en metales.

El ajuar habitual de las sepulturas, tanto en la zona de los Timotes, en el Estado actual de Mérida, como en la zona de los Kuika, el Estado de Trujillo, se compone principalmente de pequeñas copas trípodes, de estatuillas de cerámica o de piedra y de grandes placas de serpentina; suelen también encontrarse, aunque no ya en forma constante, piezas de cerámica diversas y otros objetos usuales.

Las placas de piedra merecen detener un instante nuestra atención. En su mayoría han sido talladas en serpentinas de las que existen una gran variedad en los Andes venezolanos. Las unas, surcadas por vetas de óxido de hierro aumentando así su dureza, han permitido obtener piezas extremadamente delgadas, traslúcidas, tañendo al choque como fonolitos. Serpentinas más blandas, atravesadas por vetas calcáreas, coloreadas en verde claro que hace recordar el verde del mármol antiguo, han suministrado piezas de mayor espesor, pesadas y opacas. Otras de factura más grosera han sido talladas en serpentinas grisáceas muy esquistas, en esteatitas, en talco o en esquistos comunes o calcáreos. Estas últimas piezas de calidad más inferior son raras en la región andina propiamente dicha pero son frecuentes en las regiones periféricas.

El aspecto general de estas piezas de serpentina puede aproximarse al de una placa rectangular que lleva en su parte central superior un triángulo mediano invertido.

Su significación y su objeto han provocado bastantes discusiones. Los primeros autores modernos que señalaron su existencia, Joyce y Sievers, las han descripto como ornamentos, como pectorales, con los que se significaba una dignidad. Esta opinión seguida por muchos autores sería aceptable para las piezas pequeñas, cuyo tamaño no excede de pocos centímetros de ancho y llevan un dispositivo especial o simplemente agujeros que permiten suspenderlas; pero es inadmisibles para los ejemplares que pasan los veinte centímetros. Yo he traído del Páramo del Volcán, en los límites de los Estados de Mérida y Trujillo, una placa que mide 70 centímetros de ancho por 20 centímetros de alto.

Otros han querido ver en estas piezas una representación totémica, la figura de un murciélago, de un dios murcié-

lago, basando sobre este hecho una aproximación entre los indígenas de los Andes de Venezuela y los Mayas de América central donde existía este culto. Esta hipótesis, sostenida por la mayoría de los autores venezolanos actuales, no reposa sobre ningún hecho preciso fuera de una vaga semejanza de estas placas con la silueta de un murciélago con las alas extendidas; ningún hecho lo apoya en los cronistas, ningún vestigio se halla en la tradición popular sobre estos animales en los Andes de Mérida; los mismos murciélagos son escasos en alturas superiores a los 2.000 metros.

Los actuales habitantes de los páramos no llaman estas placas murciélagos, pero sí *águilas*. Y los cronistas españoles comentan en diversos pasajes la existencia de figuras como águilas encontradas en la Cordillera o en las regiones vecinas. Los soldados de Dalfinger hallaron “águilas de oro” en varias tribus betoys o caribes vecinas del lago de Maracaybo; Oviedo y Valdez cuenta que el único sobreviviente de la desastrosa expedición de Iñigo de Bascuña, en 1537, un español llamado Francisco Martins, que había sido recogido moribundo por los *Quiriquires*, fué vendido por éstos a los *Pemenos* por un “águila de oro”.

Fuera de la Cordillera estas placas se encuentran en todas las regiones vecinas, talladas en diversas clases de piedras, en huesos y en conchas marinas. No son raras en los túmulos del valle de Aragua, cerca del lago Tacarigua o Maracay. Esto permite suponer la existencia de “águilas de oro” entre los pueblos que conocían la metalurgia, arte ignorado por los pueblos de los Andes de Mérida.

En las sepulturas andinas estas placas se hallan cerca de los esqueletos, sobre el suelo, o recubiertas por tierra acumulada por el tiempo y generalmente en cantidades considerables. Una sola de estas sepulturas ha permitido extraer una cincuentena en buen estado y un gran número de fragmentos.

El estudio de estas grandes series y su comparación con otros objetos y principalmente con las estatuillas de piedra o de cerámica que las acompaña me han llevado a una interpretación de estas placas, diferente de las de los autores precedentes.

Tomando los principales tipos de placas de la Cordillera, es posible seguir su evolución progresiva desde la forma

la más simple hasta las estatuillas antropomorfas cuya estilización está llevada al extremo.

La forma más sencilla está representada por placas rectangulares, redondeadas o no en sus extremos más pequeños, y llevando en la parte superior dos incisiones convergiendo hacia el centro, esquematizando un triángulo invertido incompleto (fig. 1).

La parte mediana del borde superior, que constituye la base del triángulo, puede desprenderse del conjunto formando una saliente más o menos grande.

Sobre otras placas, generalmente las de talla más pequeña, el triángulo medio está enteramente dibujado; su punta puede sobrepasar o no el borde inferior de la pieza. Muy a menudo este tipo de placas lleva hacia el tercio superior del triángulo dos perforaciones circulares que no siempre la traspasan y nos aparecen, más que como agujeros de suspensión, como representando ojos.

Placas pequeñas de serpentina dura, finamente trabajadas y escasas —no conozco sino tres ejemplares— presentan en su parte central la imagen de una cara triangular, con los ojos, la nariz y la boca bien dibujada. Las partes laterales son derechas o levemente levantadas. Estas piezas, utilizadas con colgantes, establecen una transición entre las placas ordinarias y las pequeñas figuras de piedra, generalmente de esteatita, muy numerosas en algunas regiones andinas de Mérida (fig. 2).

Todas estas figulinas dejan ver la misma estilización triangular de la cara, encuadrada en muchas de ellas por alargamientos laterales que representan brazos, otras, más completas, tienen también los miembros inferiores.

Estas figurillas de piedra nos acercan a muy numerosas series de estatuillas de cerámica que las acompaña en los sepulcros (fig. 3).

En algunas partes de los Andes venezolanos, sobre todo en el Estado de Trujillo y en los yacimientos circunvecinos, las placas de serpentina están asociadas a grandes placas de conchas talladas en láminas de gruesos *Strombus* marinos. Estas placas talladas en conchas tienen la misma disposición y representación que las talladas en piedra; pero como la materia en que están confeccionadas es fácil de trabajar, llevan casi

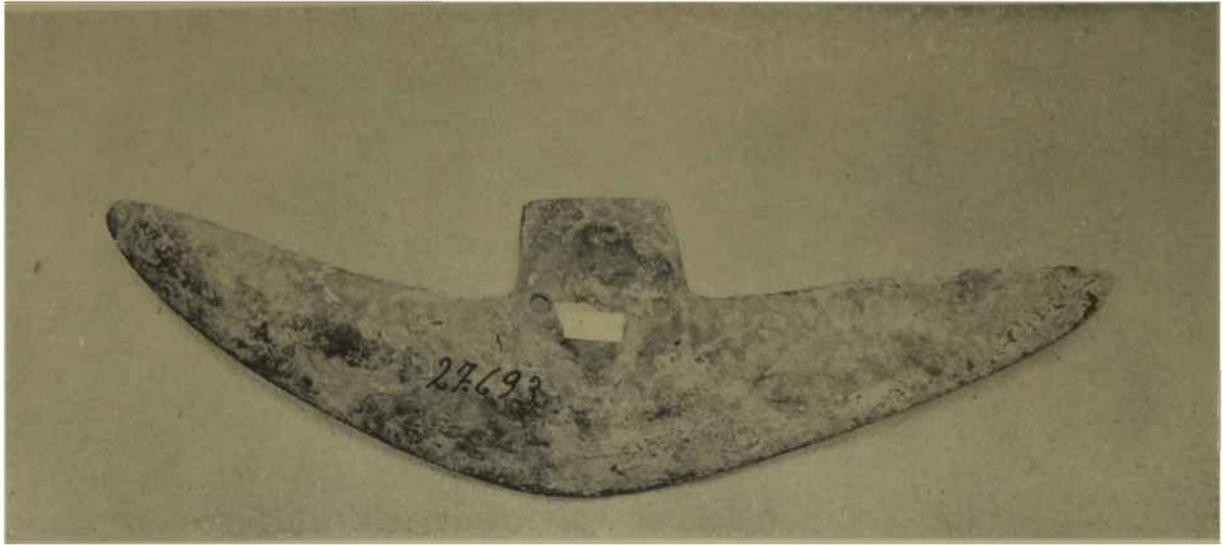


Fig. 3. — Placa de conchilla tallada en una valva de *Strombus*; 176 x 52 mm.; Maracay, La Mata; col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

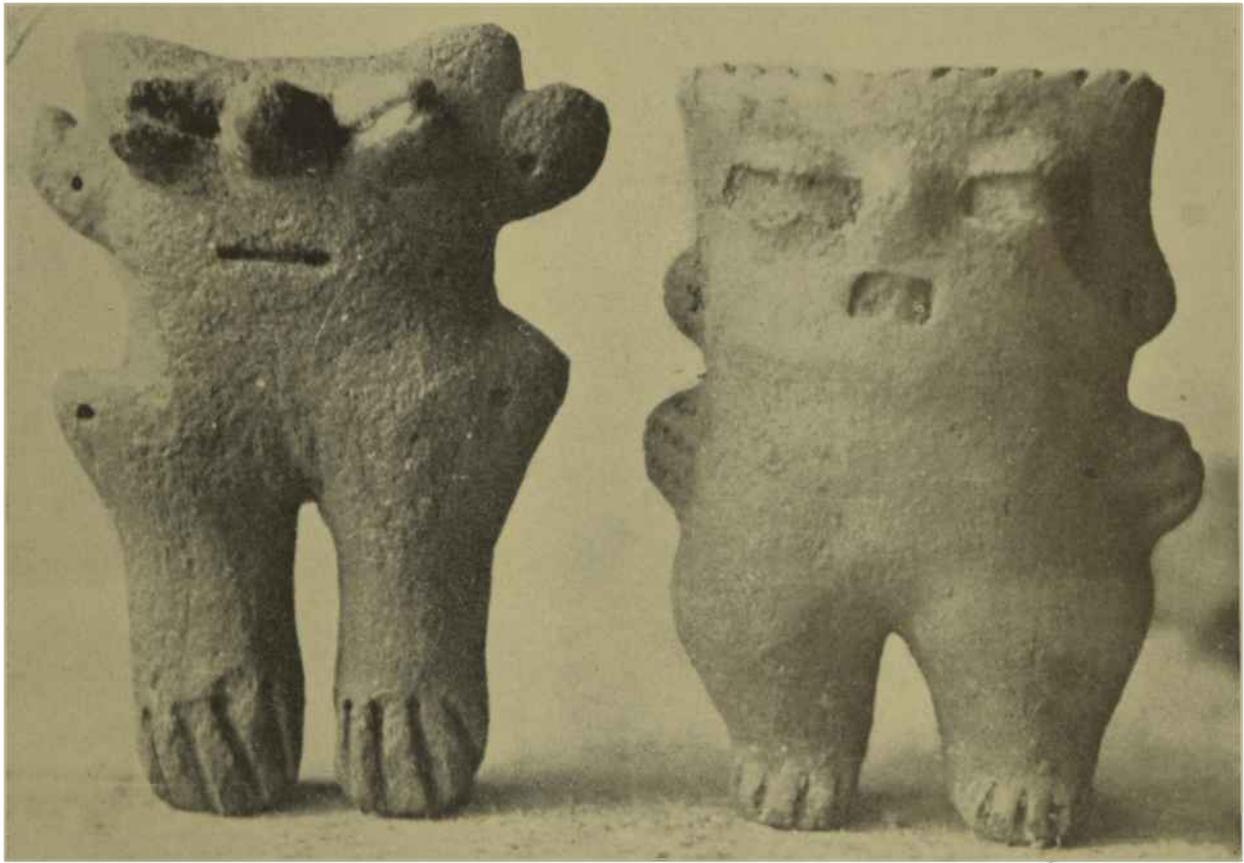


Fig. 4. — Estatuillas de arcilla. a) Cordillera de Mérida, Niquitao, Páramo de La Laguna, 90 mm. de alto, col. Musée de l'Homme. b) Región de Timote, 88 mm. alto, col Musée de l'Homme.



Fig. 5. — Estatuilla en arcilla, femenina; 180 mm. alto; Garache, Est. de Trujillo; col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

siempre una figura humana central, estilizada, de forma triangular; la misma estilización se repite en el dibujo de los ojos; la parte superior, saliente, del triángulo medio representa una diadema de plumas.

Al lado de estas diversas formas normales, se encuentran a veces placas con formas aberrantes de las que sería muy largo aquí hacer la descripción. El hecho importante es la transformación gradual, la estilización progresiva de la silueta humana desde las figurillas antropomorfas hasta las placas más sencillas que nos exhiben las sepulturas venezolanas entre su material lítico.

Las estatuillas de cerámica que acompañan las placas en las sepulturas son de dos tipos: paradas y sentadas.

Las primeras, muy abundantes, no exceden de diez a doce centímetros (fig. 3). Representan un personaje con cabeza trapezoidal que ocupa casi un tercio de su altura total, con tronco reducido y a veces casi nulo sostenido por cortas piernas, generalmente globulares en su parte media. Los brazos rudimentarios son apenas indicados por una pequeña saliente lateral, entera o perforada.

La forma aplastada de algunas de ellas así como diversos caracteres de estilización establecen estrechas conexiones entre estas estatuillas y las placas de serpentina.

Los detalles varían según varíen las regiones. El tronco puede desaparecer completamente y la cabeza reposar directamente sobre las piernas (fig. 4). Las orejas están casi siempre bien señaladas, a menudo decoradas con ornamentos o perforaciones; a veces es difícil distinguir si las expansiones laterales representan orejas o brazos. La ausencia de la nariz es frecuente.

En la antigua región de los *Timotes* los ojos, la boca, y la nariz han sido grabados generalmente con una paja (fig. 5). En territorio *Kuika* los ojos están generalmente colocados sobre salientes cónicas muy pronunciadas; este tipo es sobre todo propio de la región de Niquitao (fig. 4).

En esta clase de figuras los atributos sexuales raramente están señalados; algunas son netamente femeninas (fig. 5). Yo conozco solamente una pieza masculina, una estatuilla procedente de la región de Niquitao, donde el miembro sexual está sostenido por una cintura peniana.

Muchas de estas figuras llevan dibujos geométricos castaño-rojizo sobre fondo gris-blanco, y más escasas blanco sobre fondo castaño.

Estas pequeñas piezas no eran hechas con molde sino a mano como era el procedimiento usual en América del sur, enrollando torcidos de arcilla en cintas superpuestas. En su interior hueco hay un pequeño grano duro o una piedrita que produce el efecto de sonaja. Algunos autores han pretendido, sin mayores pruebas, que los hechiceros indígenas, los *piaches*, se servían de ellas para interpretar oráculos según el sonido que de ellas se desprendía al agitarlas.

La región de Niquitao ha proporcionado igualmente un número bastante elevado de *estatuillas sentadas*, bien diferentes de las anteriores. Son mucho más grandes, de 15 a 35 centímetros, y de un tipo muy uniforme. Representan un hombre sentado sobre un banquito rectangular de cuatro patas y de forma baja; tiene los muslos apartados, horizontales o ligeramente levantados, y las piernas caen a plomo sobre el suelo; los brazos, apoyados sobre las rodillas, sostienen en un gesto de ofrenda, un pequeño vaso. Los caracteres sexuales están bien marcados, el miembro retraído contra el vientre por medio de una cintura.

La cabeza es ancha, coronada con una diadema de plumas en forma de abanico, como en las estatuillas de piedra (fig. 6); las orejas llevan un gran ornamento discoidal. Como en todos los modelados de origen de Niquitao, los ojos están figurados por dos salientes cónicas, la nariz fuerte y de perfil convexo. La mayoría muestran restos de dibujos lineales.

Algunas de estas estatuillas tienen una expresión grosera (fig. 7), pero muchas revelan una más profunda, de dignidad y de calma, comparable a la serenidad de ciertas figuras egipcias. El artista deja entrever un agudo sentido anatómico a pesar de la estilización muy avanzada. Estamos aquí en presencia de verdadero arte.

Conozco solamente dos estatuillas que se apartan de este tipo general, ambas son femeninas, la una pintada con manchas redondeadas, negruzcas, con aspecto casi felino; la otra (fig. 8), muestra un abdomen voluminoso. Ambas están desprovistas de tocado de plumas y de los adornos discoidales

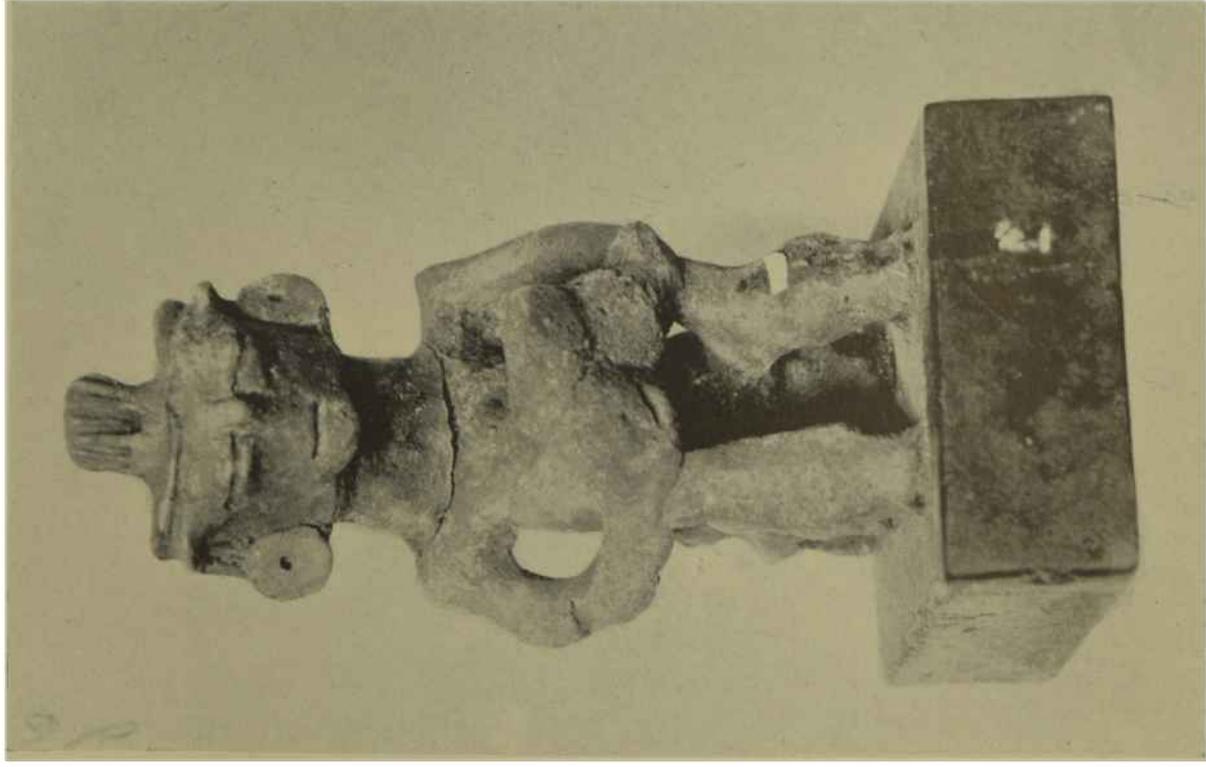


Fig. 6. — Estatuilla en arcilla; masculina; 196 mm. alto; Niquitao. Est. de Trujillo; col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.



Fig. 7. — Estatuilla masculina sentada en arcilla; proc. Niquitao; col. Museo de Maracay.

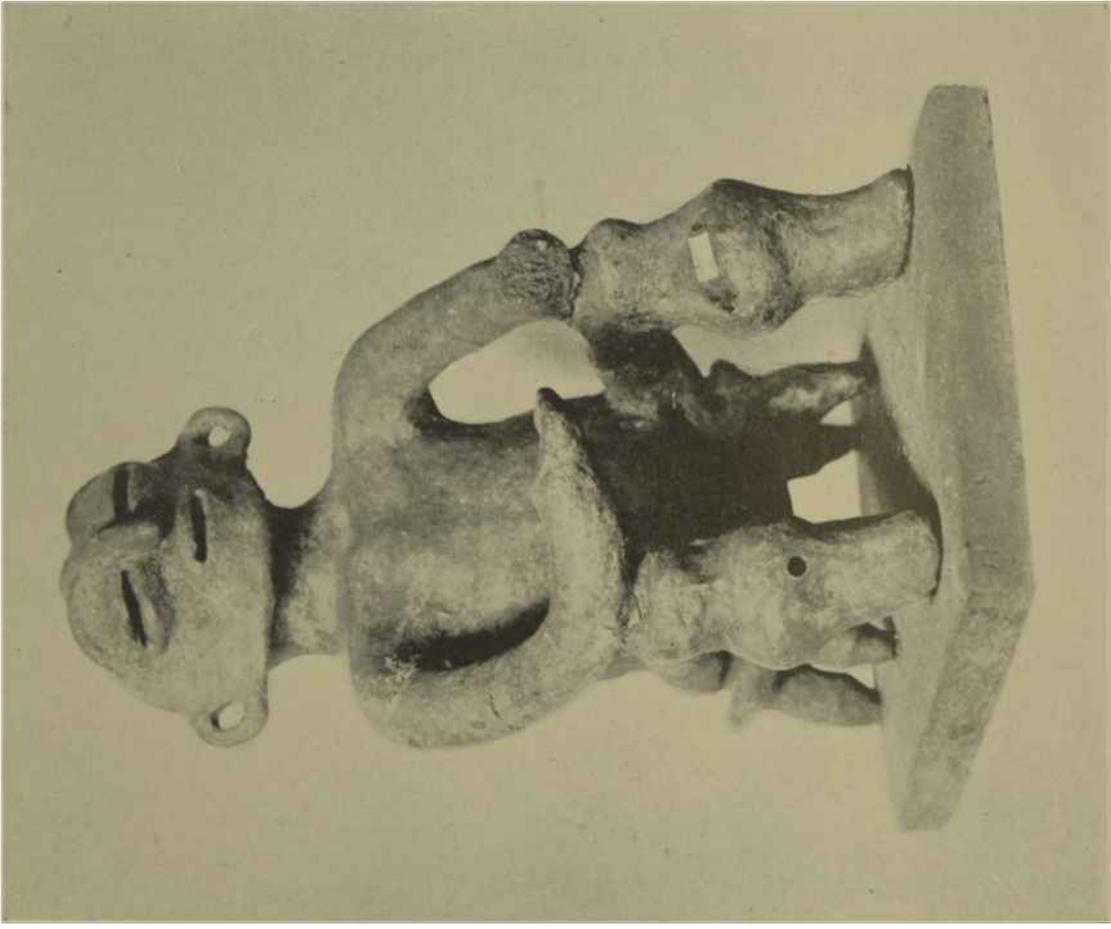


Fig. 8. — Estatuilla de arcilla; femenina; 188 mm. alto; Niquitao, Est. de Trujillo (Cord. de Mérida); col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.



Fig. 9. — Estatuilla en piedra (anfíbol); 134 mm. alto; masculina; Estado Trujillo, Niquitao (Cord. de Mérida); col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

auriculares, atributos reservados a las representaciones masculinas.

Al lado de estas estatuillas típicas, quizás propias de la región del Niquitao, se encuentra un poco por todos lados, pero nunca en abundancia, pequeñas figuras con los miembros inferiores reducidos a muñones sobre los que vienen a apoyarse los brazos. Nunca están sentadas sobre bancos ni tienen en sus manos un vaso. La mayoría son masculinas y llevan tocado de plumas y discos auriculares; menos frecuentes son las femeninas con discreta indicación de los órganos genitales, sin tocado y con las orejas simplemente perforadas.

Estas series escultóricas nos permiten por lo tanto conocer los ornamentos propios a cada uno de los sexos y fijar ciertos detalles de la indumentaria.

En las sepulturas, las placas y las estatuillas están siempre asociadas a numerosas series de vasos trípodes que pertenecen a dos distintos tipos. Los de factura más grosera están formados por un cuerpo generalmente semiglobular montado sobre tres pies cónicos sobreagregados; muchas veces esos pies se desprenden. El segundo tipo es mucho más fino: el cuerpo, más o menos aplastado y de forma triangular se prolonga por tres pies en forma de Δ cuidadosamente trabajados; muchos están ornados en los ángulos por figuras humanas o por cabezas de animales.

Estas pequeñas piezas sirven para quemar la manteca de cacao; eran lámparas y sin duda piezas rituales. El cacao tuvo en estas regiones un papel importante, análogo al de la coca en los grandes Andes; y no hace todavía mucho tiempo, los indígenas actuales de los páramos venezolanos depositaban en determinados lugares consagrados, ofrendas de granos de cacao, como los de Bolivia depositaban hojas de coca sobre las *apachetas*.

A este ajuar habitual de las sepulturas colectivas, hay que agregar todavía pequeños objetos de cerámica y de piedra, cornalina, cuarzo, esteatita, etc., que han pertenecido a collares y que representan una técnica bastante perfeccionada.

Muchos enterratorios o *mintoy* contienen también objetos usuales, sobre todo piezas de cerámica mucho más raras en las colecciones. A menos de llegar a un cierto grado de fineza, como ocurre en algunas cavernas del Estado de Tru-

jillo (figs. 10-11) no son ordinariamente recogidas por los habitantes de los páramos habituados a registrar las *cuevas* para vender su contenido a los coleccionistas locales y a los negociantes en curiosidades. Algunas, negras y blancas, son notables (fig. 12).

Estos objetos usuales ofrecen sin embargo un gran interés. No tienen la obligada uniformidad de los objetos antes descritos, que podemos llamar rituales, y nos revela mucho más el grado de cultura y el género de vida de estas poblaciones desaparecidas.

Entre los objetos usuales de piedra, hay notables ejemplares.

Las hachas pertenecen a tipos diversos; las hay de forma neolítica semejantes a las hachas a talón del tipo andino; a veces aparecen en los terrenos aluvionales lindos ejemplares de hachas ceremoniales.

Piezas en forma lanceolada, largas de 30 a 35 centímetros aproximadamente, con un corto mango aplastado, son particularmente interesantes. Se las encuentra en toda la Cordillera de Mérida y fuera de Venezuela, estas piezas han sido señaladas en diversos puntos de la región andina, hasta en la Argentina. Son primitivos instrumentos de agricultura de los Andes, azadas cuya evolución es posible reconstruir desde su elaboración en piedra, más tarde en bronce en el alto Perú y en la región de los Uro, del Desaguadero, donde he encontrado este género de instrumentos, y actualmente los indígenas de ciertas aldeas bolivianas utilizan aún utensilios análogos, de acero.

Otro objeto, igualmente muy antiguo, establece estrechas relaciones entre los Andes venezolanos y los del Perú: es un triturador de piedra cuya forma recuerda exactamente una plancha de ropa, con su asa redondeada. He encontrado un hermoso ejemplar en una cueva del *Páramo de las siete lagunas*, cerca de La Puerta.

En fin, las manos de mortero son, o bien piezas cónicas de pequeña talla, o bien en forma de hongo, que son mucho más raras.

Los objetos usuales de cerámica son más variados.

Desde este punto de vista la región de Timote y la de Kuika ofrecen entre ellas diferencias sensibles.

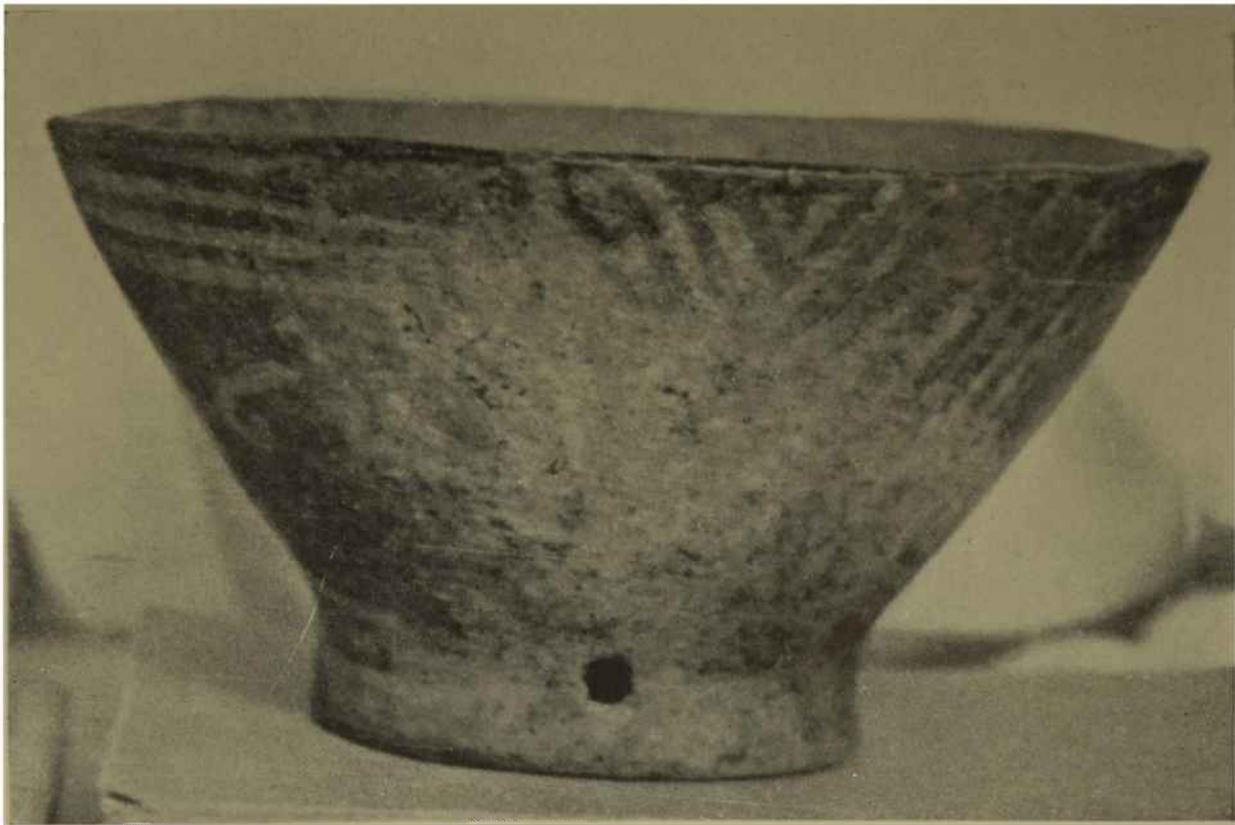


Fig. 10. — Copón de arcilla roja con dibujos pardo, azul, negro; Chabasquen, Cuevas de Zagues, Est. de Trujillo (Cord. de Mérida), col. Musée de l'Homme.



Figura 11. — Vasija blanca y negra, hexagonal, con fondo perforado, 110 mm. alto, proc. Timote, col. S1 ósito.

Tomemos como ejemplo la región de Timote, la parte andina del actual Estado de Mérida, que posee una cerámica más pobre, de técnica menos fina, pero más original, y que ha sufrido menos la influencia de las poblaciones vecinas.

Las piezas más toscas están representadas por simples ollas con asas horizontales, de paredes espesas y con fondo plano, desprovistas de todo ornamento.

Otro tipo frecuente está constituido por escudillas subglobulares, sin decoración o adornadas con impresiones digitales, incisiones de uñas o con gruesos tubérculos.

Éstas vienen a ser como las formas precedentes de unas copas de factura grosera, semiglobular, montadas sobre pies, de un tipo aun en uso en la Cordillera de Mérida. Algunas son de paredes unidas, otras presentan decoraciones incisas o simples golpes de uñas. Las más hermosas llevan aplicaciones laterales representando mamíferos o aves; generalmente estos vasos están quebrados y sólo estas representaciones son las que han resistido. Algunas de estas piezas son de bella factura.

Se encuentran algunos vasos muy ordinarios, con fondo cónico. Sin duda deberían posarse sobre soportes huecos en forma de dos conos invertidos y unidos entre sí por su vértice, y cuyos restos se encuentran con bastante frecuencia.

Una interesante serie la forman copones de gran tamaño, muy elegantes, formados por un vaso circular fijado por medio de tres o cuatro pies en forma de X o de Y sobre un círculo basal. Las variedades son numerosas; los pies pueden ser reemplazados por soportes en forma de animales o de cabezas de animales. Algunas de estas piezas son policromas, ornadas de dibujos geométricos rojos sobre fondo blanco o azul-negrusco sobre fondo rojo.

Entre los objetos pequeños, debemos principalmente citar los pequeños cilindros de arcilla ornados con dibujo en alto-relieve (pintaderas) que servían para imprimir los objetos o para trazar las impresiones sobre los vasos.

Hay otras piecitas bastante enigmáticas: son pequeños vasos aproximadamente hexagonales, con base redondeada, casi globular, perforado por numerosos agujeros que no comunican con el interior del vaso. Generalmente estos vasos

están ornados por magníficos dibujos negros en forma de voluta, sobre un engobe blanco (fig. 11).

Al lado de estas piezas existen también pequeñas vasijas con doble fondo enteramente perforado; ¡en una pobre choza de los alrededores de Betijoque uno de éstos servía para hacer el café!

La cerámica del Estado de Mérida en las regiones elevadas de la Sierra Nevada es muy escasa. Las piezas de esta provincia (Los Nevados, etc.) no solamente son de ejecución más grosera sino que la materia prima es más ordinaria y sus formas son menos variadas que en las regiones de acceso más fácil. A medida que nos acercamos a Kuika, en el límite del Estado de Trujillo, la cerámica se enriquece poco a poco; sus caracteres cambian totalmente al llegar a la periferia de la región andina, al borde del lago Maracaybo.

En la región andina del Estado de Trujillo, primitivamente habitado por los grupos Kuika, se encuentran los mismos tipos de cerámica que en territorio Timote, subrayando el origen común de estas dos culturas; pero las formas son más variadas y el trabajo mucho más fino. Ciertos tipos, como las grandes estatuillas sentadas, y ciertas técnicas son propias de esta región.

La serie de los copones presenta una gran riqueza: copas elegantes soportadas por cuatro o cinco dilatados pies, copas ovales, zoomorfas, o simplemente decoradas con figuras humanas o de animales, etc. La región de Carache ha suministrado en especial, objetos muy hermosos.

La mayoría de estas piezas están desprovistas de pintura, o simplemente decoradas con líneas pardas y rojas. La verdadera cerámica policromada no existe más que en los lugares de contacto con las llanuras periféricas.

Algunos yacimientos, tales como los de Loma Estichó, cerca de Niquitao, contienen una cerámica muy fina (fig. 12), con dibujos negros sobre engobe blanco. Son éstas las más lindas piezas que nos suministra la Cordillera venezolana.

En los valles bajos, cerca del lago de Maracaybo, la cerámica presenta otros caracteres diferenciales. Al lado de piezas que recuerdan los tipos precedentes, aparecen formas nuevas, mucho más complicadas, asociadas al tipo policromado (Betijoque, Torondoy). La presencia de sepulturas en ur-

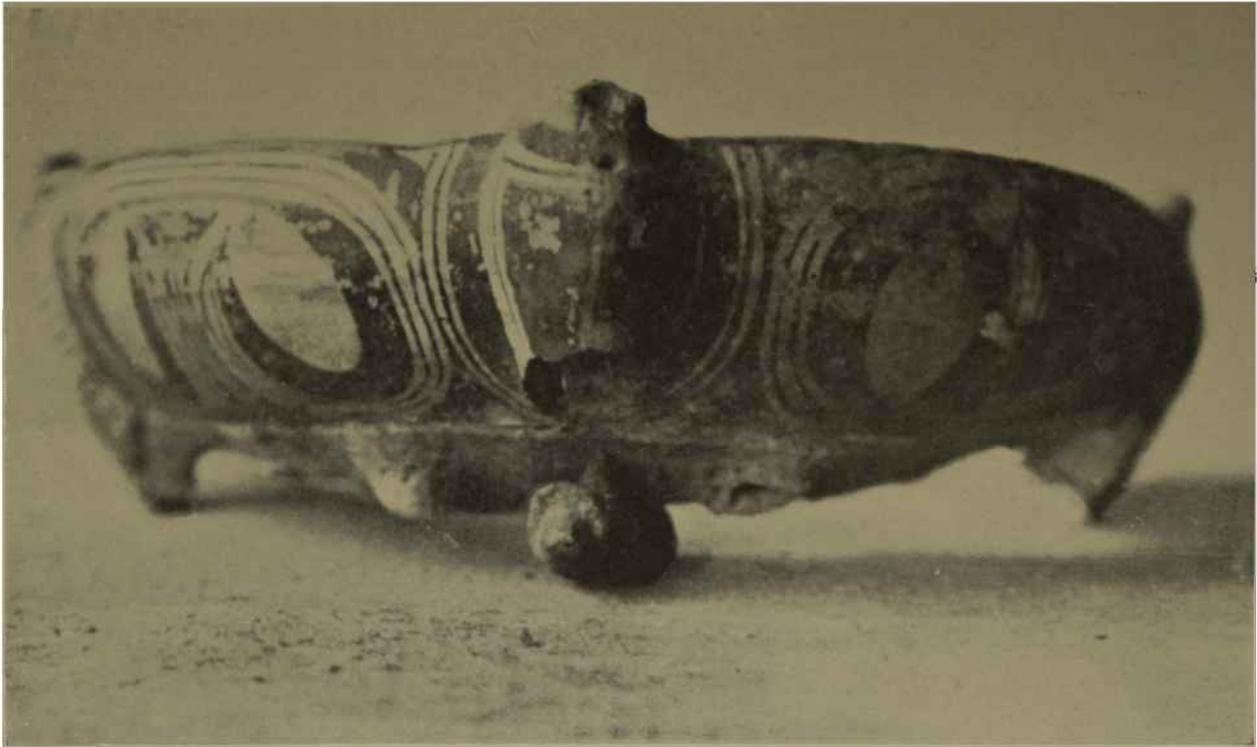


Fig. 12. — Hermoso copón negro de Monche; región de Niquitao; Loma Estichó (Cordillera de Mérida); 250 mm. diámetro; col. Musée de l'Homme.

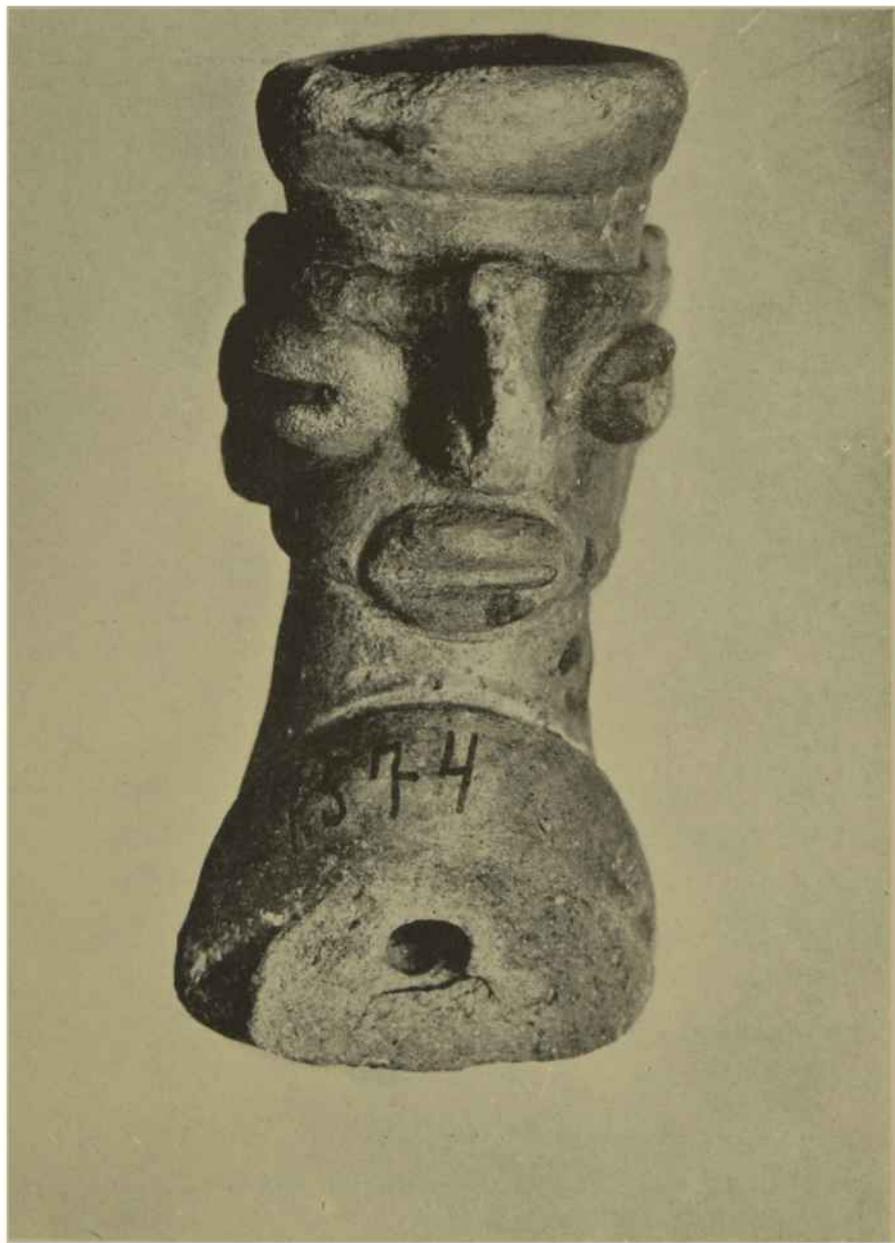


Fig. 13. — Hornillo de pipa (arcilla) antropomorfa; 100 mm. alto; Maracay, La Calera; Museu N. do Rio de Janeiro.

nas funerarias viene precisamente a confirmar el carácter exótico de estos yacimientos. Son zonas de transición entre las culturas andinas y las culturas vecinas, principalmente aquellas de origen aruak.

Para terminar esta rápida exposición, quiero ensayar de extraer algunas conclusiones referentes a las relaciones que existen entre las antiguas poblaciones de los Andes de Venezuela y las de regiones vecinas.

Los pocos autores que se han ocupado de esta cuestión han llegado a resultados divergentes. Unas veces los Timote-Kuika han sido aproximados a los pueblos mayas, otras a los chibchas; otros autores apoyándose sobre todo en consideraciones lingüísticas, los han considerado como un grupo aparte.

Resumiendo todo lo que hemos visto, podemos caracterizar la arqueología de los Andes de Venezuela por la total ausencia de metales; la existencia de sepulturas colectivas en grutas o en abrigos bajo roca, carentes de urnas funerarias; por la presencia de placas de serpentina, de figuras de piedra y de cerámica de tipo muy particular, de lámparas trípodes para quemar la manteca de cacao y de útiles de piedra de un tipo muy primitivo.

Todos estos elementos no tienen el mismo interés, pero cada uno de ellos merecería un estudio especial que aquí no podemos hacer.

Las lámparas trípodes, por ejemplo, han acompañado la difusión del cacao; se encuentran en todas partes donde ha penetrado esta cultura, de la América central a Colombia y Venezuela.

La presencia de objetos hechos en conchas marinas, particularmente las grandes placas talladas sobre *Strombus*, indican relaciones continuadas entre los Andes venezolanos y las costas marítimas a través de las poblaciones vecinas; éstas no son sin embargo las únicas pruebas de un intercambio comercial entre las poblaciones de ambos extremos. Raros en las regiones retiradas de la Sierra Nevada de Mérida estos objetos en conchas son cada vez más frecuentes hacia los bordes de la Cordillera y en el territorio Kuika. La presencia de este material está en relación con un notable enriquecimiento de la

cerámica, tanto desde el punto de vista del número como de la variedad y de la calidad.

La comparación de la cerámica de los Andes de Venezuela con la de las regiones vecinas, riberas del lago Maracaybo, Estado de Lara, y hasta de los alrededores del lago Maracay, señalan numerosos puntos de contacto. No es de dudar que todas estas poblaciones han ejercido una gran influencia sobre la cerámica andina, sin hacerle perder sin embargo sus caracteres propios.

La presencia en la Cordillera de Mérida, de utensilios de piedra primitivos análogos a piezas encontradas en diferentes puntos muy alejados de la gran Cordillera de los Andes (Perú, Bolivia, Argentina) reviste un carácter de considerable importancia. Sujeta las primitivas poblaciones de Mérida a las viejas culturas andinas.

Las estatuillas de cerámica, diversas figuras de piedra, entre otras las que representan batracios, establece puntos de contacto entre estas poblaciones venezolanas y los grupos *chibcha*; varias tribus *betoy* habitaron cerca de Timote.

En el estado actual de nuestros conocimientos podemos afirmar que la región andina de Venezuela estaba poblada a la llegada de los españoles por tribus de agricultores que hablaban dialectos vecinos los unos de los otros, con los que se hace el grupo *Timote-kuika*, que poseían una cultura material común, bastante pobre en su origen, pero bien caracterizada a pesar de haber sufrido influencias diversas, principalmente *chibcha* y *aruak*. Finalmente debe tenerse en cuenta que las condiciones geográficas donde vivían las diferentes fracciones de este grupo han conducido a la creación de dialectos locales diferenciados y ha favorecido el desenvolvimiento de diversos centros culturales. La arqueología ha confirmado plenamente en este punto los resultados obtenidos por la comparación de las pocas listas de vocabularios que han llegado hasta nosotros.

III

LOS LLANOS Y MARACAY

Al sur del arco de montañas formado por la Cordillera de Venezuela, todos los contrafuertes que rodean los llanos, desde la frontera de Colombia hasta el Orinoco, poseen una arqueología de tipo totalmente diferente: es conocida principalmente por las grandes urnas funerarias que se encuentran depositadas en gran número dentro de las grutas, y que contienen esqueletos completos con cráneos muy deformados. Bien que algunas de estas grutas ya hayan sido conocidas desde el siglo XVIII, nunca han sido objeto de estudios sistemáticos. Humboldt y Codazzi, ya han hablado de ellas al principio del siglo pasado.

Los pueblos que han depositado sus muertos en estas cavernas habitaban igualmente las regiones vecinas de los llanos donde para escapar a las inundaciones periódicas han construído numerosos montículos, terraplenes dispuestos por grupos y frecuentemente unidos entre sí por rutas artificiales que podían tener kilómetros de largo. Eran trabajos considerables. La región de Barina ofrece numerosos ejemplos de éstos.

Estos montículos de refugio, sobrepasan en dos o tres metros el nivel del suelo y eran a la vez lugares de habitación y de sepulturas. El material funerario, aunque todavía bastante desconocido, es idéntico al de las grutas de los contrafuertes montañosos vecinos.

Estos montículos no representan en consecuencia una cultura aparte; señalan apenas una adaptación local a un medio particular. Análogos ejemplos abundan en América del sur: En Argentina, en Santiago del Estero; en Bolivia, en la región de Moxos; en Marajó y en toda la región amazónica donde aun ahora muchas chozas y hasta grandes estancias son construídas sobre montículos naturales o en parte artificiales, emergiendo como islas en medio de llanuras inundadas en la estación de las crecidas. En todos estos lugares

que presentan condiciones semejantes, las poblaciones de los más diversos orígenes han debido recurrir a una solución idéntica, la única posible, para ponerse al abrigo de las inundaciones periódicas.

Estos montículos de los llanos, muchos de los cuales debieron estar habitados en la época de la conquista española, han sido la obra de grupos aruaks, que por otra parte, en más de una región se han señalado como grandes removedores de tierra. En Venezuela mismo encontramos otro ejemplo en el valle de Aragua, en el corazón de la Cordillera de la costa, alrededor del lago de Valencia, aun llamado lago de Tacarigua o de Maracay. Toda esta región montañosa estaba poblada como los llanos, de tribus aruaks antes de la llegada de los caribes. No han dejado en general más que tumbas y algunos objetos de piedra. Pero los grupos que habitaban las tierras pantanosas cerca del lago de Tacarigua y que han encontrado terrenos de semejantes condiciones que los de los llanos: terrenos anegadizos sujetos a frecuentes inundaciones; han debido recurrir al viejo procedimiento de la edificación sobre montículos, asociada quizás a la construcción de habitaciones sobre pilotes.

Se ha hablado mucho de estos montículos en Venezuela y en todos los ambientes americanistas durante estos últimos años. Bien que ya señalados por Marcano en 1889, después por Jahn —que en 1903 había extraído de los montículos de La Mata 32 cráneos y más de 300 objetos diversos enviados al Museo de Berlín y estudiados por von der Steinen—, no habían llamado la atención hasta el momento en que en 1932 apareció el libro de Requena de ruidoso título, *Vestiges de l'Atlantide*.

No quiero hacer aquí una crítica de esta obra que en Venezuela mismo ha levantado una viva oposición en los medios científicos. Si bien se basa en sus búsquedas hechas en Maracay, el autor da muy pocos detalles a este respecto, extendiéndose de preferencia sobre los pueblos de la Atlántida, sus orígenes y sus costumbres.

Hay que tener siempre en consideración la buena voluntad de los que sin estar preparados para estos trabajos científicos ocupan sus ocios en investigaciones de este género. Es el caso de Requena y lo es también el de dos franceses, los hermanos Wagner de Santiago del Estero en la Argentina.

Los unos y los otros tienen el mérito de encontrar y de hacer conocer muy importantes yacimientos arqueológicos, y en lugar de contentarse con publicar objetivamente sus descubrimientos dejando una obra perdurable, se han perdido en teorías nebulosas. Pero sus colecciones quedan. En Maracay, Requena ha reunido una rica documentación utilizable en parte y que podrá ser útilmente estudiada.

El Valle de Aragua, de una altitud media de unos 450 metros está encerrado de todos lados por los repliegues de la Cordillera de la costa. A vuelo de pájaro dista apenas 40 kilómetros del mar. Forma un pequeño sistema hidrográfico enteramente cerrado; todos los cursos de agua se reúnen en el centro del valle para formar el lago de Maracay cuya superficie es alrededor de unos 450 kilómetros cuadrados.

La abundancia de las lluvias, una evaporación más intensa, hacen variar considerablemente su nivel y su extensión. La ciudad de Valencia, hoy alejada en más de 15 kilómetros del lago, fué construída en el siglo XVI a menos de dos kilómetros de sus orillas.

Las márgenes del lago son pantanosas y en algunos lugares con pequeñas playas de arena, a veces ligeramente elevadas y cubiertas, varios metros por encima del nivel actual de las aguas, por conchillas blancuzcas, casi fosilizadas y que señalan las líneas sucesivas de la altura de las aguas.

Esta fosilización parcial de las conchillas, lo mismo que las osamentas descubiertas en los montículos no son una prueba de su alta antigüedad sino que es debida a las aguas del lago, que sin ser francamente salobres, tienen un gusto desagradable y están fuertemente mineralizadas; contienen principalmente carbonato de sodio y de magnesio, sulfato de sodio, sulfato y carbonato de calcio. La fauna y la flora acuática son pobres.

Los principales grupos de montículos se encuentran sobre la península de Cabrera, antigua isla, y en los terrenos bajos de La Mata. Este último grupo se compone de unos 60, de los cuales el más grande mide 130 metros de largo por 63 de ancho y 3 de altura media; el volumen de tierra reunido puede calcularse en cerca de 11.000 metros cúbicos.

Levantados casi enteramente por la mano del hombre, fueron habitados durante mucho tiempo y en numerosas oca-

siones alternadamente, como lo demuestran las capas de cenizas y carbones diseminados en diversos niveles. Habiendo servido de lugar de habitación y de sepultura, suministran un material arqueológico mucho más variado que el de los Andes ya que no sólo nos proporcionan el ajuar funerario, sino todos los rastros de la industria de estos pueblos desaparecidos mezclada a los restos de su cocina. Nos revelan toda la vida de sus habitantes, sobre todo cazadores y pescadores que se alimentaban indistintamente de mamíferos, de aves, de pescados, de mariscos y de crustáceos, no habiendo tenido agricultura o por lo menos una agricultura desarrollada.

Al lado de pesos circulares de piedra que utilizan para sus redes de pesca, encontramos agujas de hueso que han servido para el trabajo de cordelería y de tejido, piedras fracturadas en las que tallaban puntas de flechas y pequeños útiles cortantes o perforadores.

La abundancia de hornillos de pipas (fig. 13), comúnmente decorados con figuras humanas, atestiguan que eran grandes fumadores, conociendo sin duda el tabaco o el *Niopo*, esa mimosa cuyos granos reducidos a polvo y aspirados por la nariz producen una locura pasajera. (*Piptadenia peregrina Benth*), muy usado por los *Piaches*, hechiceros del Orinoco y de las Guayanas.

El gusto por los adornos estaba muy desarrollado entre ellos: collares de conchas marinas enteras, figurillas talladas en conchas o en huesos, perlas y discos de piedra se encuentran en abundancia, así como amuletos en piedra. Los metales no están representados más que por un pequeño ornamento nasal de oro, sin duda importado de otras regiones.

Tocamos ahora al dominio de la magia, que parece haber tenido un gran desarrollo entre ellos: poseían numerosos instrumentos de música, que estaba de ordinario relacionada con ceremonias rituales, ya sean éstas flautas de tres tonos, (fig. 14), silbatos, ocarinas generalmente con formas de animales. También se hallan huesos afilados que pudieron haber servido para las escarificaciones.

La cerámica es tosca. En parte esto se debe a los malos materiales de que disponían estos indígenas: una arcilla demasiado mezclada de arena y que se cocía mal. Las piezas lindas son raras y casi siempre corroídas por las aguas minerali-

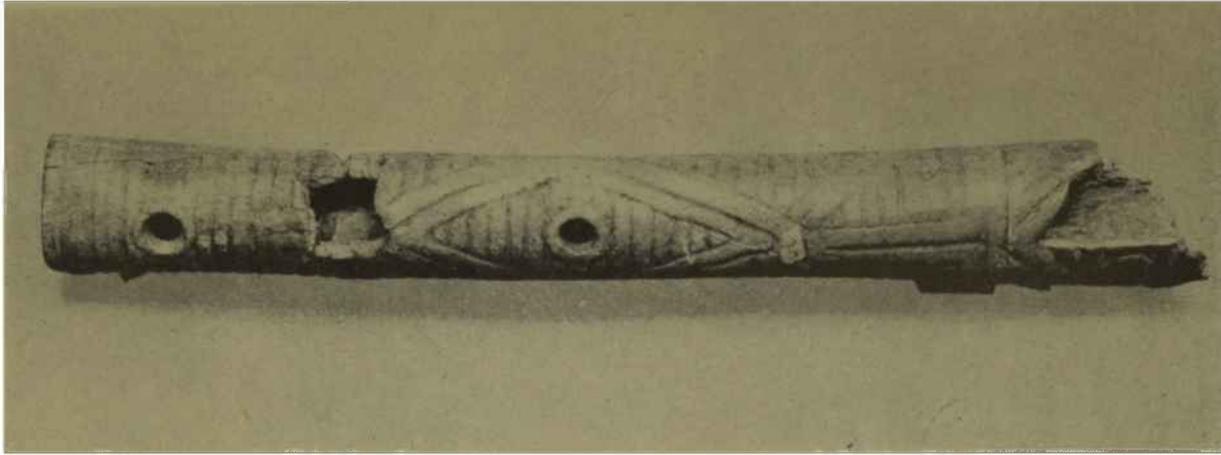


Fig. 14. — Flauta de hueso; tritonal; 204 x 24 mm.; Maracay, La Calera; Col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.



Fig. 15. — Aplicaciones zoomorfas de vasos; 76 mm. largo; Maracay, La Calera; Col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

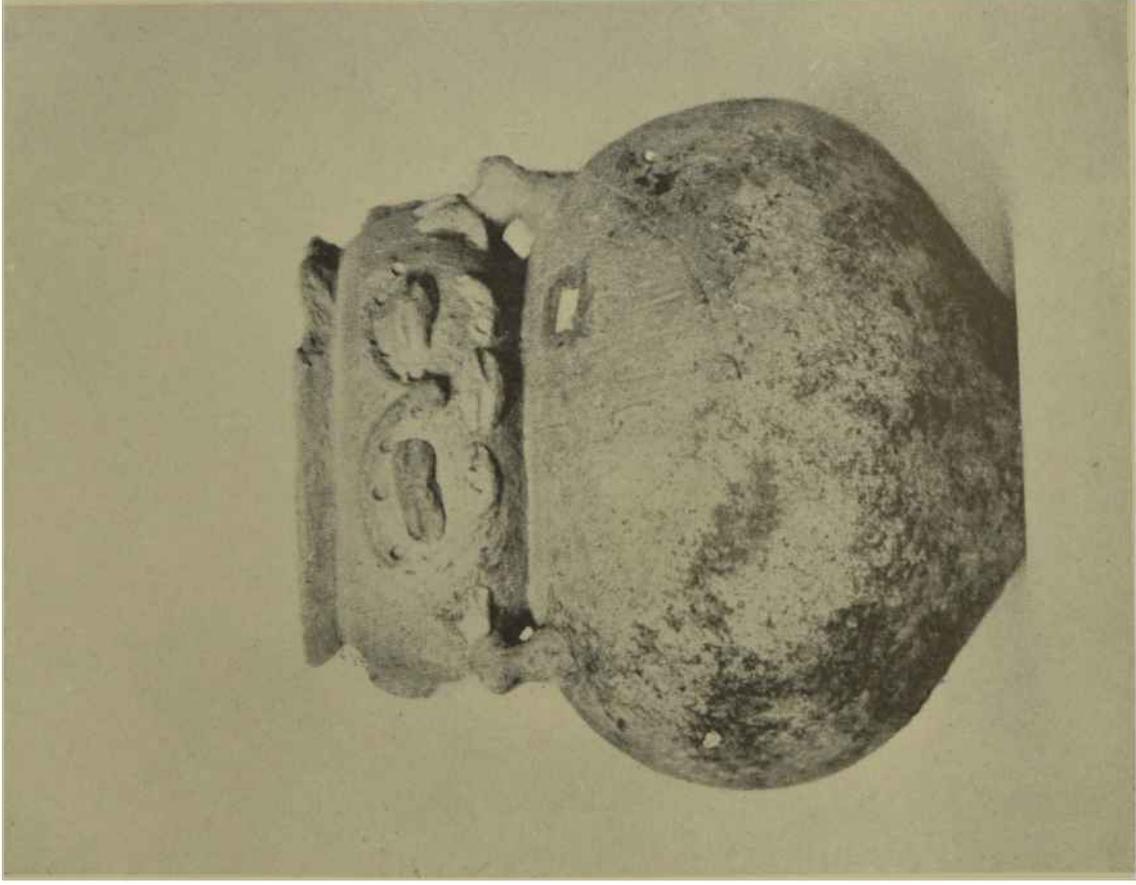


Fig. 16. — Vaso funerario (no urna) que acompaña las urnas funerarias; 171 × 162 mm.; Maracay, La Mata; Museu Nac. do Rio de Janeiro.



Fig. 17. — Estatuilla de arcilla, masculina?; 195 mm. alto; Maracay, La Flamita; col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

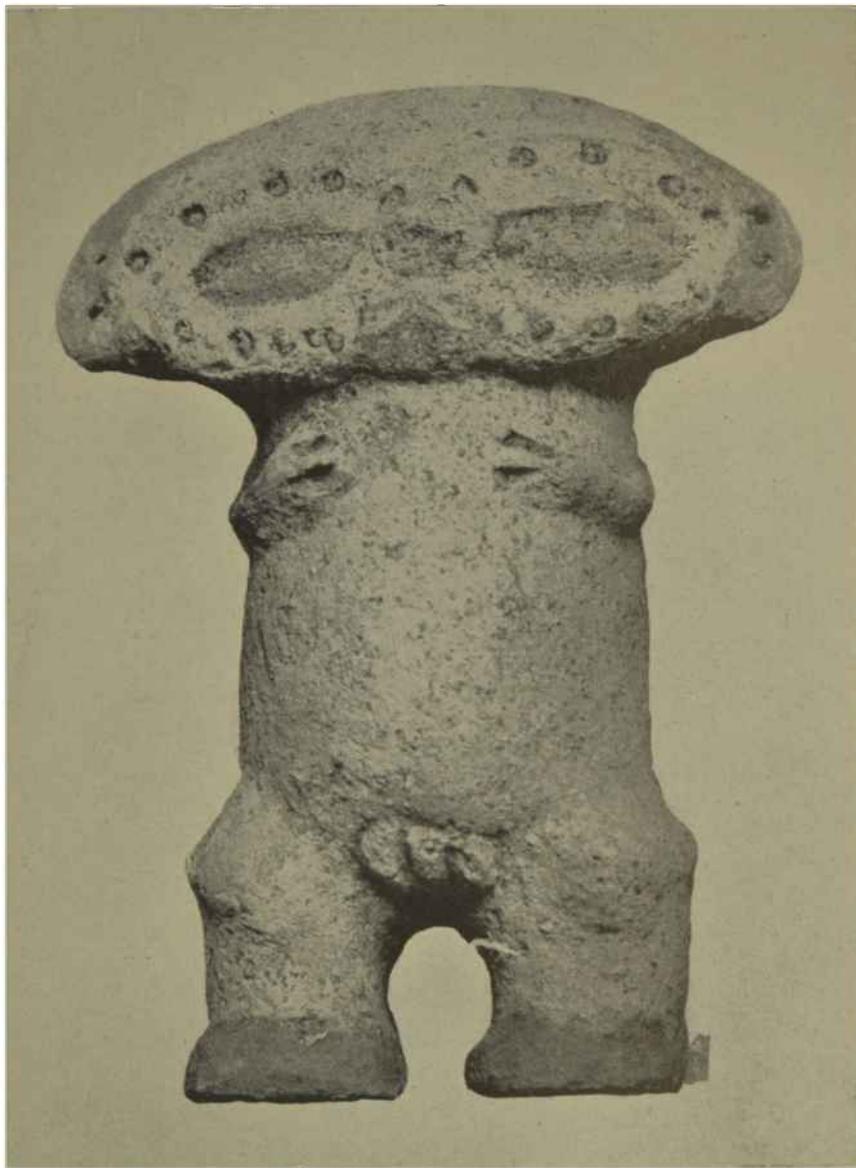


Fig. 18. — Estatuilla en arcilla; 135 mm. alto; Maracay, La Calera;
col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

zadas del lago; algunas están decoradas por pinturas muy toscas o de un engobe rojo.

Los objetos de uso están representados sobre todo por grandes series de vasijas con vientre globular con o sin cuello, ornadas a menudo con aplicaciones en forma de animales (fig. 15) muy difíciles a veces de identificar, y por copones de forma baja. Las piezas más importantes forman parte del ajuar funerario, tales como vasijas con cuellos decorados con figuras antropomorfas y estatuillas humanas.

Es a dos o tres metros de profundidad que se encuentran las urnas funerarias, generalmente depositadas en largas filas. De muy gran tamaño (1 m. a 1,30 m.) con paredes espesas, cónicas en la base, recubiertas por un vaso invertido, que pueden contener un cuerpo entero, replegado en posición fetal. Algunos contienen las osamentas pertenecientes a varios enterramientos. Otros vasos más pequeños, con cuello antropomorfo, acompañan generalmente las urnas (fig. 16).

La estilización de las estatuillas que los acompañan es completamente diferente que las de los Andes de Mérida. Las formas triangulares o rectangulares son reemplazadas por líneas curvas; también se nota la falta de interés del artista en subrayar la forma de los ojos y de la cara, de la que los rasgos están muy someramente indicados. Pero un carácter es notable en todas estas estatuillas: la altura y el ancho desmesurado de la cabeza y la oblicuidad muy pronunciada de la frente, caracteres completamente desconocidos en las piezas de los Andes (fig. 17-18). Aquí también el artista ha querido señalar los rasgos principales de una raza: la deformación artificial del cráneo llevado a límites extremos: la semejanza de estas estatuillas con los cráneos encontrados en Maracay es asombrosa... a condición de saber examinar un cráneo. Estos cráneos de los montículos han servido para destruir una teoría inverosímil que hacía remontar el hombre de Tacarigua a los primeros períodos terciarios, y hasta más antiguo aún, transformándolo en contemporáneo de los dinosaurios y en antepasado de los pitecantropus.

Convenientemente orientados en posición fisiológica normal, estos cráneos muestran un perfil superior largamente oblicuo y una elevación anormal de la región posterior acompañada de un cierto grado de achatamiento. Esta conforma-

ción origina un prognatismo muy marcado en cara. Son cráneos con deformación artificial tabular oblicua curvo-frontal, producida por la presión de tablillas que aumenta artificialmente su braquicefalia (índice cefálico aproximado o superior a 0,90). Colocados sobre un plano horizontal estos cráneos presentan una falsa apariencia de achatamiento superior que puede engañar a los profanos.

Es un error de este género el que ha conducido a la cuestión del hombre de Tacarigua. Es precisamente este carácter artificial, esta deformación considerable, que tan bien expresan las estatuillas encontradas en estos túmulos.

Estas estatuillas tienen aún otra particularidad: exageran mucho más que las de Mérida los atributos sexuales femeninos que adquieren un carácter erótico que aquéllas no poseían (fig. 19-20).

¿Estas poblaciones que han edificado los montículos de Maracay constituyeron por sí mismas una civilización aparte?

En Venezuela mismo se encuentra en toda la región andina baja que bordea los llanos, tipos de cerámica, esculturas y cráneos deformados, muy semejantes e idénticos a los que se encuentran en Maracay. El estudio de la cerámica muestra también numerosos puntos de contacto con la que proviene de diversas zonas de las regiones de las Guayanas y del Amazonas, particularmente de la de Santarem. Por todos estos caracteres la cultura de Tacarigua se liga a la cultura aruak. Debió extinguirse en Maracay en la época de las grandes invasiones de los caribes, muy poco tiempo antes de la llegada de los españoles.

Montículos que presentan algún parecido con los de Maracay existen en gran número en la región seca, cubiertos por densas formaciones de cactus, agaves y de monte espinoso extendiéndose al norte de los Andes, desde Barquisimeto hasta el mar de los caribes.

Estos montículos han sido frecuentemente arrasados por las violentas lluvias que barren en la región en verano; sus emplazamientos sólo quedan indicados por lenguas de terreno donde los habitantes del país van a buscar olicornos, pequeñas



Fig. 19. — Estatuilla de arcilla femenina; 185 mm. alto; proc. Maracay, La Calera; col. Museu Nac. do Rio de Janeiro.

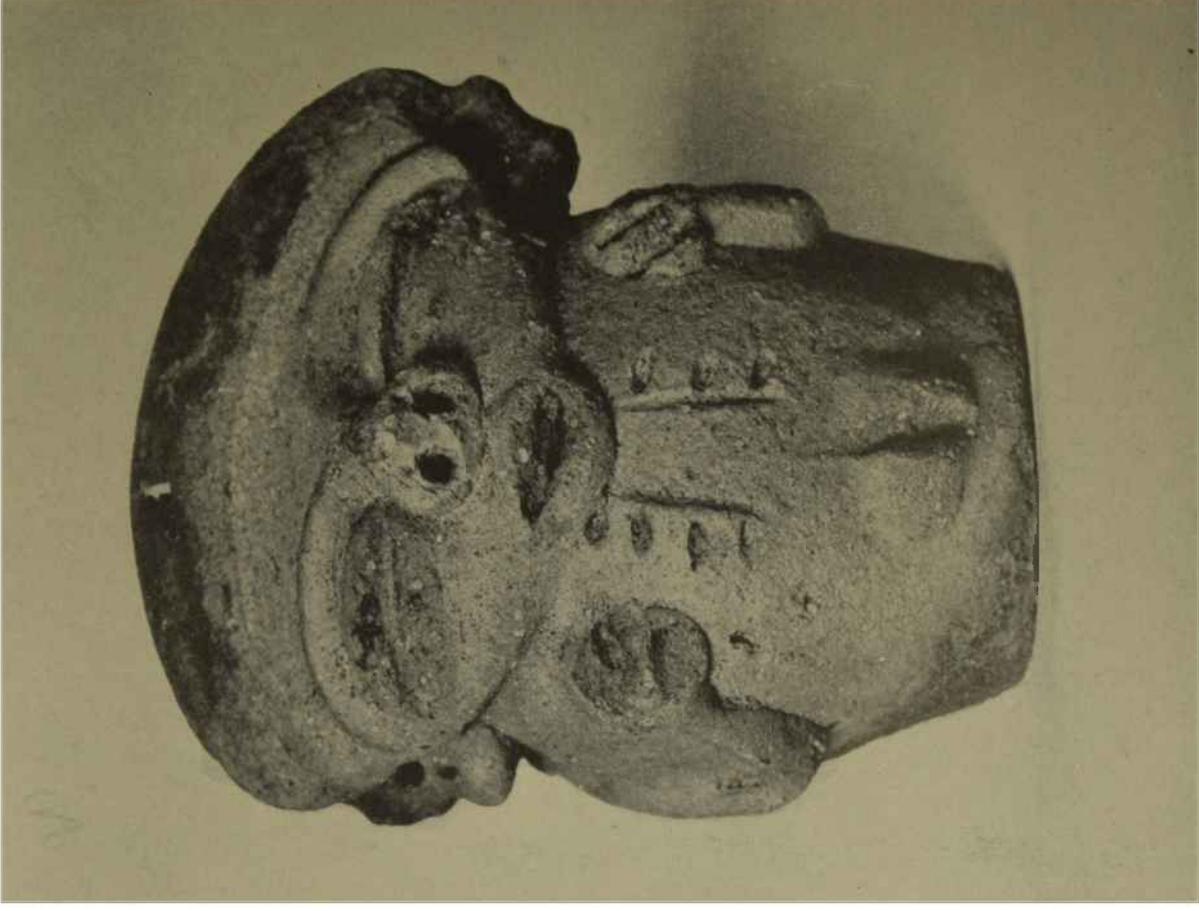


Fig. 20. — Estatuilla en arcilla; femenina; Maracay, La Mota; 130 mm. alto; col. Museu Nac. Rio de Janeiro.

piezas de collar en piedra, hueso o conchas, muy apreciadas como amuletos.

Los montículos bien conservados, dispuestos generalmente en dos grupos, se elevan alrededor de dos a tres metros sobre el nivel actual del suelo; sus extensiones son variables.

Fueron lugares de habitación artificialmente preparados, mostrando en diversos niveles restos de hogares y residuos de cocina, también muestran lugares de enterratorio. Pero las razas que los han construído eran sin duda más laboriosas y de una cultura más elevada que las de Maracay.

Al lado de los cacharros usuales, de paredes espesas y groseras, abunda la cerámica de fina calidad y policroma. Estaba representada por toda una serie de vasos trípodes, jarros, copones de diversas formas, desconocidas en Maracay. Si es verdad que la cabeza de las estatuillas permanece ensanchada, no tienen más esa característica deformación del cráneo señalado. Las aplicaciones zoomorfas son siempre numerosas.

Las urnas funerarias, pequeñas y bajas, han servido para realizar inhumaciones secundarias; sus contenidos se desmenuzan en polvo y no he podido recoger de esta región ningún cráneo.

Entre las piezas interesantes recogidas puedo citar un platillo de madera, bastante mal conservado, que pertenece al Museo de los Hermanos de Lasalle en Barquisimeto. Esta pieza es un tipo de las así llamadas "tablillas de ofrendas" de la región noroeste argentina, y que han servido para pulverizar el tabaco o el niopo.

Esta cultura de Barquisimeto ha sufrido, más que la de la región de Maracay, las influencias andinas. Es semejante, si no idéntica a la de las regiones de la baja Cordillera de Mérida, que dominan el lago Maracaybo; se combina también con esos pequeños grupos aruaks que se habían infiltrado a lo largo del valle de Chama, bastante lejos en el interior de la Cordillera, tal como los *Kineroes* de las cercanías de la Quebrada de Gonzales y de los alrededores de Lagunillas.

No hay que olvidar tampoco que en las regiones bajas y áridas, al norte de la Cordillera de Mérida, vivían también restos de tribus *Betoy* emparentadas con los chibchas de Colombia; eran éstas, entre otras, los *Ayomanes*, los *Gayonas*, los *Cuiba* y los *Jirajara* cuyas tribus, más o menos numerosas es-

taban rodeadas por grupos de aruaks. En ausencia de yacimientos arqueológicos que pudiesen ser atribuidos con certeza a este grupo, es difícil juzgar su influencia sobre sus vecinos aruaks a los que pudieron haber comunicado diversos elementos andinos.

Estas diversas culturas desaparecidas de la región andina de Venezuela pueden resumirse sistemáticamente de la siguiente manera:

En la Cordillera de Mérida: cultura que se liga a viejas civilizaciones andinas. No han conocido los metales y han mantenido largos aislamientos sin evolucionar mayormente.

En los llanos, asimismo como en la región andina y del valle de Aragua (cerca del lago Maracay): cultura que se aproxima a la de los grupos de la Guayana y del Amazonas, con la construcción de montículos para habitación y quizás de chozas sobre pilotes, costumbre de deformarse exageradamente el cráneo e inhumaciones en muy grandes urnas funerarias, y una cerámica abundante pero en general bastante tosca.

En fin, en las regiones del noroeste andino de Venezuela: una tercera forma de cultura caracterizada también por montículos para habitación, pero donde se encuentran urnas funerarias pequeñas y chatas, que han servido para inhumaciones secundarias, y por la abundancia de una cerámica policroma muy variada y muy fina.

Estas tres formas de cultura no estaban aisladas, las relaciones de intercambio eran frecuentes entre ellas como lo atestiguan los objetos tallados en conchillas así como restos de animales originarios de las regiones cálidas encontrados en las partes más elevadas y más frías de los páramos de Mérida, y la presencia de formas de cerámica común a varias regiones o el descubrimiento esporádico de objetos de tipo netamente andino en los montículos de Maracay o del noroeste.

Esta corta exposición permite juzgar la riqueza y la variedad de los yacimientos arqueológicos de Venezuela y la importancia de este bello país para el estudio de las poblaciones suramericanas y las fluctuaciones étnicas que han precedido a la conquista española.

Jehan-Albert VELLARD